Ralph Vaughan Wiliams
Crear su propia música[1]

Esta noche, les voy a hablar sobre el hacer su propia música.

En tiempos antiguos, teníamos que hacer nuestra propia música. Cuando no había ni escritura, ni imprenta, ni radio, ni tocadiscos, ni conciertos famosos, si la gente quería música, la tenían que hacer ellos mismos.

Incluso hoy, la verdadera prueba de cuánto se valora realmente la música es si se está dispuesto y si se es capáz de tratar de hacerla uno mismo. Si no se está dispuesto, entonces no se es merecedor de ella cuando alguien más la hace para uno.

Quizás se pregunte cómo es que sonaba la música de nuestros ancestros (*Empieza a sonar música muy suavemente*) Recuérdese que probablemente no sabían leer ni escribir –obviamente no sabían escribir música–, que no tenían otra guía más que su propia intuición –no tenían a nadie más a quien satisfacer más que a ellos mismos– y que contaban únicamente con aquel impulso misterioso de la necesidad de expresarse, el cual está latente en todos nosotros, si es que no lo hemos reprimido deliberadamente. (*La música sube de volumen. Dos versos*) Ésta es una de nuestras cansiones folclóricas inglesas. (*La música disminuye de volumen hasta cesar de escucharse*). Es una de esas melodías que nuestros ancestros crearon por y para ellos mismos; es una de esas melodías que definitivamente prueban que nosotros, los ingleses poco musicales, somos capaces de crear algo bello.

Quizás se puede decir que ésto es historia –hoy, no tenemos necesidad de hacer nuestra música–ya está hecha para nosotros sin necesidad de algún esfuerzo más que el de presionar un botón. A ésto yo respondo que, a menos que construyamos las bases, se verá con el tiempo que el proveer música experta de la cual se depende será contraproducente, pues no habrá la base sobre la cual construirla después. Luego explicaré ésto.

En tiempos modernos, hemos llegado a diferenciar entre música profesional altamente elaborada y compleja, la cual es creada por expertos para el beneficio de otros, y la música sencilla hecha por amateurs, la cual es creada para satisfacer nuestra necesidad de expresión personal.

En una comunidad musical sana, deseamos ambas –la profesional y la amateur– no como rivales sino como socias; deseamos que el experto guíe y apoye al amateur con el ejemplo y con reglas y al amateur siendo guiado por el experto en el hacer y el escuchar.

De alguna forma, todos somos amateurs. Si un músico no ama su arte, entonces no es un artista y la diferencia no es únicamente que el profesional toca, canta o compone mejor que el amateur (aunque ésto es común no es cierto siempre). Ambos, el amateur y el profesional, deben

1 Ralph Vaughan Williams, “Making your own music”, *Vaughan Williams: On Music*, ed. David Manning (Oxford / New York: Oxford University Press, 2008), pp. 75-78; fuente: BBC Home Service, Deciembre 3 de 1939, a partir del texto contenido en los archivos de la BBC. Traducido al español por Rodolfo Raphael Moreno como “Crear su propia música”.



reconocer su visión y tratar de transformarla en sonido; sin embargo, el profesional debió de haber adquirido el suficiente conocimiento y desarrollado la habilidad conveniente para comunicar su mensaje a otros, mientras que el amateur, posiblemente, quede satisfecho con solo si puede transmitírselo a sí mismo.

Sin embargo, el experto no puede llegar al corazón de otros hasta que haya persuadido al suyo propio y el amateur, por su parte, frecuentemente logra transmitir su mensaje tanto a los otros como a sí mismo.

Por lo tanto, como se puede ver, queremos ambos elementos en nuestra vida musical.

En estos tiempos de crisis, si desdeñamos y descuidamos al músico profesional, éste tendrá por necesidad que cesar la práctica de su arte y, cuando mejores tiempos regresen y lo queramos de vuelta, él ya no estará más ahí.

Si desdeñamos el lado amateur de la música y nos convertimos en una nación de meros oyentes pasivos, toda la vida quedará excluída de nuestro arte –el Arte debe ser creativo si ha de ser vital y cuando digo “creativo” no me refiero únicamente al poner puntos en hojas de papel–. Cualquiera que toque o cante bellamente una frase o percuta un tambor con un ritmo vivo y exitante ha hecho su parte; luego, al juntar todas esas pequeñas manifestaciones creativas se producirá la atmósfera de un arte vivo, en el cual los grandes líderes de la música podrán sobrevivir.

Las flores no crecen en tierra estéril; tendemos a pensar en nuestros grandes cantantes y ejecutantes de concierto como algo permanente e imperecedero, pero tenemos que asumir que algún día desaparecerán y otros deberán, de alguna manera, ser descubiertos para que ocupen el lugar de aquellos.

¿Cómo nos aseguraremos de que ésto pase llegado el momento? El soldado raso deberá dejar su rango y aparecer con el bastón de Mariscal en su mochila. Por eso, debemos poner atención en nuestras competencias y festivales, en nuestras sociedades corales, en nuestras orquestas escolares, en nuestras asociaciones de instrumentos de aliento y músicos de gaita, de hecho, en todos aquellos que han descubierto la necesidad de crear su propia.

Ahora bien, no quiero tratar solamente con generalidades, además de que Sir Walford Davis me ha sugerido que les hable un poco sobre cómo mantenemos la música andando en Dorking.

Ya llevamos años, en Dorking, teniendo un floreciente festival annual, en el cual más de veinte coros de diversos pueblos cercanos se la pasan en competencia de canto durante todo un día; además, al atardecer, tenemos el concierto en el que todos los coros cantan juntos.

El pasado septiembre comenzamos a sufrir las consecuencias de la guerra: primero, el corte de energía eléctrica; después, la requisición de nuestro único auditorio grande; y luego, el

racionamiento de la gasolina. Todos, por supuesto, dijeron que ya no podríamos seguir, pero nos juntamos y decidimos continuar. Todas y cada una de las sociedades corales de cada ciudad y de cada pueblo han iniciado ya sus ensayos semanales; por supuesto, no habrá concurso, el cual no necesitamos para estimular nuestro entusiasmo. Lo único que hemos decidido hacer es relajar la obligatoriedad de la asistencia y convertir los ensayos en encuentros de asistencia abierta. Todos los que puedan vendrán; cuando no puedan, haremos lo que mejor podamos. Obviamente, tampoco tendremos muestro gran concierto final, aunque tenemos la esperanza de poder organizar varios conciertos pequeños en aquellos pueblos que estén cerca unos de otros y la distancia pueda ser recorrida a pie o en bicicleta.

Al escoger la música, hemos evitado las obras exageradamente difíciles y las muy experimentales. En las pequeñas ciudades y en los pueblos grandes se cantará lo más que se pueda aprender a tiempo del *Elías*; en los pueblos más pequeños se están aprendiendo algunas de las secciones corales del *Judas Maccabeo*. También cantaremos algunos madrigales, algunas canciones polifónicas y, para hacer los ensayos menos formales, nos relajaremos cantando a unísono, por puro gusto, algunas de las cansiones más conocidas.

Además de ésto, por iniciativa propia, muchos de los coros están cantando villancicos en Navidad. Espero que no nos olvidemos del artista profesional, ya que el amateur no puede existir sin el profesional y el profesional sin el amateur.

Deberemos, tanto como los recursos nos lo permitan, contratar profesionales para nuestros solos y para los acompañamientos instrumentales.

Nos queda el asunto de los niños. De nuevo, no podemos tener un concurso, pero esperamos enviar jueces a cada escuela para escucharlos cantar y darles retroalimentación. No veo razón alguna por la cual no deberíamos juntarlos, como a los adultos, en pequeñas secciones para dar conciertos en los auditorios de los pueblos o, cuando llegue la primavera, al aire libre; es en estas prácticas y conciertos conjuntos que esperamos que nuestros niños evacuados invitados se nos unan.

Ésto nos presenta otro problema: ¿los evacuados deberían irse sin música? En el caso de los adultos, esperamos que el asunto sea resuelto por todos los cantantes que están temporalmente con nosotros como profesores de escuela o como miembros del personal de oficina evacuado que se ha unido a la sociedad coral más cercana –realmente ellos nos serán de gran ayuda–; conozco de un caso en el que un muy reconocido director de una sociedad coral urbana ha ofrecido sus servicios para dirigir un coro o para cantar en uno.

Y conozco otro, el de un profesor de escuela, llegado recientemente y que pertenece a un reconocido ensamble coral, que ha sido reclutado con mucho interés por uno de nuestros coros locales.



Pero regresando a lo de los niños, ellos son, de alguna manera, los más importantes, porque si pierden el hábito de hacer música durante los años en que son más influenciables jamás podrán aprender de nuevo.

Los niños de hoy serán los músicos del mañana.

Piénsese en Dvorak probando sus primeras composiciones con el grupo amateur de su padre en su pueblo natal; piénsese en Verdi de niño, escribiendo sus pequeñas marchas para los músicos locales de Busseto. Quién sabe si entre los niños que ahorita están creciendo musicalmente sin cultura ni cuidado, por la falta de un poco de instrucción, no haya un Dvorak o un Verdi mudo y sin gloria. Realmente, no podemos asegurar que vaya ser glorioso, pero sí podemos evitar que sea mudo; incluso, un ensamble de percusiones o una reunión musical sabatina podría hacer germinar en ellos la semilla musical.

Sé de un caso en el que un músico consumado dedica su tiempo libre a este mismo propósito entre niños evacuados.

La música es la única cosa que ni las bombas ni los bloqueos pueden quitarnos; siempre podemos cantar y siempre podemos construir una flauta y tocar con ella.

Me gustaría imaginarme a nuestra comunidad musical como una gran pirámide con su cúspide en las alturas entre los grandes nombres del arte y con su base firme sobre el trabajo sólido de nuestro quehacer musical amateur; (*Música comienza a sonar suavemente*) y debajo de ésto, de nuevo, el cimiento seguro formado por aquellas melodías que nuestros ancestros crearon y que aún viven para que nosotros las escuchemos, las amemos y, sobre todo, las cantemos. (*La música deja de escucharse*)